

## FR. GERUNDIO.

---

*Si quis dixerit fratres Oráam et Van-Halem non esse duos meritissimos fratellos, honorem et gloriam religionis suæ, anathema sit.*

---

Si alguno dijere que Van-Halen y Oráa no son dos hermanos de todo provecho, que hacen honor á su religion, acabo con él y con toda su casta junta y entera.

CONC. 5. GERUND.

---

### DIÁLOGO

ENTRE EL HERMANO ANTONIO Y EL HERMANO  
MARCELINO.

---

A Dios Sr. D. Antonio.

—Oh, Sr. D. Marcelino! ;Y qué satisfaccion tengo en ver á vd.!

—Y yo tambien la tengo muy cumplida. Supe

anoche, ya tarde, que habia vd. llegado, y mi primer cuidado esta mañana ha sido venir á abrazar á vd.

—Gracias, compañero. En ese caso no se habrá vd. desayunado; me alegro, tendré un placer en que lo hagamos juntos. Muchacho? Martínez!

—No, no; no llame vd. al muchacho, que esa obligacion ya está cumplida: yo nunca salgo de casa sin desayunarme; es costumbre de toda la vida.

—Como vd. decia que su primer cuidado habia sido venir á verme.....

—No seamos tan materiales, se entiende despues del desayuno.

—Amigo, está vd. famoso; no pasa dia por vd.; Qué buen color!; Qué semblante tan fresco y tan guapote! Vd. vá á reventar, compañero.

—Aprension de vd.: lo mismo me dijo Latre, cuando tuvimos el gusto de abrazarnos en Teruel. Verdaderamente tengo una naturaleza bastante agradecida; bien es verdad que yo lo mismo me cuído en campaña que de cuártel. Pero no debo estar muy malo, porque dias pasados encontré á Fr. Gerandio, y me equivocó con un guardian de su convento; como que desde entonces me llaman por ahí *Fr. Joaquín*: con que esta no es mala señal. Pero vd. tambien viene bueno.

—Algo tostado del camino.

—Ah, eso es irremediable; lo mismo me sucedió á mí: nosotros para andar por los caminos debíamos traer siempre unas carretas, como hacían en Francia las señoras en tiempo de Catalina de Médicis. Pero ese paño á los pocos meses que esté vd. en Madrid se le caerá á vd. Por lo demás se conoce que no le han tratado á vd. mal por allá.

—Pues mire vd.; he pasado mis malos ratos, como que por dos ó tres veces le dije al gobierno (ahí obrarán mis comunicaciones que no me dejarán mentir): «Estoy desesperado, ando buscando quien me dé un balazo y no le encuentro.»

—Pues eso le hubiera á vd. sido muy fácil: ¿comunicó vd. ese pensamiento á Cabrera?

—¡Cómo á Cabrera! ¿Pues qué no se le conoce aquí por otro título? ¿O no se tiene conocimiento en Madrid del convenio celebrado entre él y yo?

—Há, sí; mucho.

—Es que en él le he reconocido por *conde de Morella*, y me sería muy sensible que se hiciese un desaire á mi firma: esa gloria es exclusivamente mía.

—En eso perdone vd., compañero, que tanta ó mas parte he tenido yo que vd. Por cierto que sin mí jamás se hubiera él titulado.

—Ya, pero sin mí hubiera quedado oscurecido su título, y se creería que habíamos hecho la guerra á un cabecilla cualquiera.

—Quiere decir que la gloria será de los dos.

—De los dos, pero de nadie mas.

—Pero hombre, ¿vd. no ve qué inhumanamente nos ha ataseado esa prensa infame? No ha tratado mas que desacreditarnos, sin entender una palabra de estrategias militares. No, yo bien les he cardado la lana: he puesto cada comunicado....! ¿Vd. no los ha visto?

—Mucho; están magníficos. Pero yo, yo! Vaya, he estado feliz. ¿Vd. no ha visto el manifiesto que he dado desde Segorve?

—Hombre, no.

—Ah, pues está magnífico tambien. Ahora lo verá vd. ¿Martinez? ¿Martinez? Chacho?

—¿Qué manda V. E.? Estaba haciendo el almuerzo, y el ruido de la sartén no me dejaba oír.

—Trae uno de esos fardos.—¿De cuales?—De los mas abultados. Los otros no hay que tocármelos.

—Señor, yo solo no puedo con ellos: ya vió V. E. que los mulos venian reventando.

—Pues deslíala cualquiera, y saca una docena de ejemplares; al cabo has de tener que deslíarlos despues.

Pues sí (*al hermano Marcelino*); mandé desde allá á todos los periodistas, (1) y me traje ademas cargados dos de los seis mulos del cargamen-

---

(1) En efecto á mí me hizo S. E. el obsequio de mandarme media docena, que me costaron 30 cuartos de porte.

to, para repartir con profusion: como que las gentes han pensado que era otra clase de carga la que traian, como si nosotros fuéramos capaces de especular.... no, eso á pureza no nos gana nadie. Pero verá vd., verá vd. que cosa tan magnífica! Yo no sé que podrán contestar. Ya ve vd. que el cargo mas grande que me han hecho ha sido lo de los setecientos carros que dicen llevé á Ségura.

—Y no serán tantos regularmente.

—¿Qué habian de ser tantos? Una calumnia atroz. Compañero, aqui para entre los dos sin que salga de nosotros, no fueron mas que seiscientos noventa y siete.

—¿Y dice vd. eso en el manifiesto?

—Qué; ¿me hace vd. á mi tonto? Allí digo que fueron solamente ciento treinta y tres.

—Algo mucho me parece la bajar por lo demas es un golpe sublime de aritmética militar.

—Ya verá vd.: ya verá vd. Mucho tarda este muchacho. Pero, compañero, cuanto mas le miro á vd. mas lleno me parece ese semblante.

—Si; estoy tal cual; á ambos nos ha probado bien la guerra de Aragon.

*Al oir Aragon, y mientras llega el asistente, el hermano Antonio se pone á cantar aquella tonadilla que dice:*

*Aragon,  
cintilla y cordon,  
cordon de la Italia;*

*¿donde irás, dueño mío,  
que yo no vaya...*

—Aquí tiene V. E.

—¿Quiere vd. mas, compañero? Tengo en abundancia.

—Gracias, compañero; son bastantes.

—Vea vd. este párrafo. *«Cada ascenso mío, cada recompensa, está ganado en el campo de batalla.»* ¿Hé? ¿Qué han de decir á esto?

—Me gusta la viruta. ¿Qué han de decir? Quanto pudieran decir ellos en contra está desmentido con el dicho de vd. Y al cabo no es el dicho de un cualquiera, que es de un teniente general y basta...

—Es lo que yo digo. Pues verá vd. como sigue: *«y tengo el placer de que han merecido la aprobacion de cuantos se han hallado en ellas.»* ¿Hé? ¿Qué tal?

—No, y de cuantos no se han hallado tambien: en esa parte todos le hacen á vd. justicia.

—Aquí hablando del conde de Morella, digo *«pasea todo el año su artilleria desde la costa á Cospe, Alcorisa, y nadie se lo ridiculiza.»* ¿Qué tal?

—Abi soy de opinion que debiera vd. haber añadido: *«ni se lo estorba.»*

—No, ¿no conoce vd. que eso no me favorecía, compañero?

—Hombre, es verdad.

—Ah; es que no soy yo tonto. Aquí mas abajo, para dar una idea de lo que es el conde de Morella, vea vd. lo que digo: «¿Tenia mas conocimientos militares Mierino, el Empecinado, Mina, Chaleco y otros gefes de fuerzas en la guerra de la independencia que los mariscales franceses? Pues cada uno de ellos tenia mas que Cabrera (1), cuyos elementos son tan solo el terror, la omnipotencia de su mando, y escusar toda accion cuando no tiene sumas ventajas en número y posicion.

—Compañero, eso es estupendo; veugan esos cinco. Unicamente eso de la omnipotencia de su mando me parece que podria haberse suprimido, porque algunos creerán que significa que manda en gefe en Aragon.

—Oiga vd., compañero; y acaso no diria nada de mas.

El hermano Marcellino toma un ejemplar del manifiesto y pasa la vista por él entonando por lo bajo:

Aragon,  
 cintilla y cordon,  
 cordon de la Italia;  
 ¿dónde irás, dueño mio,  
 que yo no vaya?

Y al leer en la página cuarta: «Dejo al reino

---

(1) Y Cabrera ha podido mas que vosotros dos, con que saqueme vd. la consecuencia.

*de Valencia mejor que lo encontré: lo mismo al ejército: en Aragon ningun punto fuerte he perdido; todos ellos han mejorado sus fortificaciones: por consiguiente he sido mas feliz que todos mis antecesores: pusieron como una grana las ya flameadas mejillas del héroe de Morella, y díjole así al campeón de Segura.*

—Compañero, este es un desacato hecho á la época de mi mando, y por consecuencia a mí. Es ademas falso é injurioso, y como tál le voy á denunciar ante el Sr. Amosós.

No esperaba yo esto de un compañero y amigo. Y ademas daré otro manifiesto, en que diré que lo dejó vd. peor que estaba.

—Entonces lo denuncia ya.

—Pues bien, así veremos quién ha sido mas benemérito, y quién ha hecho la campaña con mas ventajas. Voy ahora mismo....

—Compañero, no hay que acalorarse, que todo se compondrá. Daré otro manifiesto en que diré: *«Dejé aquello en el mismo ser y estado que lo encontré, y he sido tan feliz como mis antecesores.»*

No señor, que ha de decir vd. que lo dejó peor, y que fue menos feliz.

—¡Compañero! Esa ya es mucha crueldad. Pondré poco mas ó menos.

—Vaya, pase. Lo demas.... ya sabe vd. mi genio.

—Señor, ya está el almuerzo.



—Vaya, vamos á almorzar en buena paz y armonía.

*Pusieronse á almorzar, y preguntóle el hermano Antonio al hermano Marcelino.*

—¿Y cómo va su causa de vd., compañero?

—La mia grandemente, ¿y la de vd.?

—Perfectamente hasta ahora.

—Es que yo despues pienso pedir que se forme consejo de guerra al gobierno.

—Y yo no me contento con eso, sino que no he de parar hasta que á la opinion pública se la pase por las armas.

—Y yo aspiro al título de duque de Morella.

—Y á mí se me debe de justicia el de marqués de Segura.

Acabaron de almorzar, y se echaron á pasear de bracero por las calles de Madrid con ínfulas de formar consejo de guerra al gobierno y al público. Y tienen razon; eso y aun mas merecen el público y el gobierno.



## *Nequaquam, hijos míos.*

El diablo me lleve si no son tontos estos ministros, y eso que parecian listejos al principio. Les estoy diciendo hace tres capilladas, así con esta naturalidad castellana que Dios me ha dado, con esta franqueza con que yo llamo al pan pan y al tonto tonto: «hermanos gobernantes, escarmentad en Gaviria y en Puig: anticipaos á la peticiones justas de los pueblos, y no llevaréis capillada: no deis lugar á que os pidan perros y no os gerundiaré: escarmentad en Gaviria y en Puig.» Así clarito se lo canté, que también yo cuando me pongo á cantar claro parezco un gilguero de la tercera orden. Se lo decia á ellos mismos, lo leyeron la tarde misma que se imprimió, porque yo sé que el día de Gerundio no se echan las siesta los ministros hasta que le han leído, y todavía creerian (vaya, si parece imposible que se me hayan vuelto así estos muchachos! Unos muchachos que eran tan despejaditos!) todavía creerian que no se entendia con ellos.

Habían robado en una ocasión al P. *Circumloquio* un bolsillo con algunas monedas, donativos espontáneos de algunas hermanas piadosas. Dió la casualidad que de allí á algun tiempo fuese á confesarse con él el mismo ladrón del bolsillo. Al séptimo mandamiento preguntó el P. *Circumloquio* al penitente si tenia alguna cosa adquirida por medios ilícitos; á lo cual respondió el penitente que sí, que conservaba un bolsillo con algun dinero que habia robado á un fraile.—Pues hermano, está en obligación de restituírselo al instante á su dueño.—Padre, en ese caso se le entrego á su paternidad ahora mismo (y se le daba á la mano).—Hijo, á su dueño, á su dueño es á quien se le ha de entregar.—Padre, á su dueño se le entrego ya y no le quiere recibir.—Pues hijo, entonces guárdesele, que no está obligado á mas. Y guardóse el penitente el bolsillo, y se quedó sin él el P. *Circumloquio*, por tonto, porque se estaba dirigiendo á él el penitente y aun no lo entendia.

Lo mismo les ha sucedido á los ministros con mi consejo que al hermano *Circumloquio* con el bolsillo del penitente: ambos se le hemos dado directamente y no le han querido recibir, por tontos. Asi se encuentran ellos ahora. Cuando estaba viendo venir, yo Fr. Gerundio, representaciones de todos los puntos pidiendo la disolucion de las Cortes y convocacion de otras, les aconsejé con aquella ley que se tiene á los paisanos: «herma-

nos, prevenid ó secundad las peticiones justas del pueblo, mirad que sinó van á pedir que os echen perros, y á mayor abundamiento vais á llevar capillada.» Nada; el mismo caso hicieron que esta mesa. ¿Si pensarán estos muchachos que cuando Fr. Gerundjo habla dice las cosas al aire? Sucedió pues, lo que mi reverendísima persona les pronosticó. La Milicia Nacional, viendo que no entraban á derecho, ha pedido que les echen perros por medio de una representación que les ha hecho cosquillas, y de cuyas resultas,..... han dimitido.

Ahora dicen que iban ya á publicar el decreto de disolucion, pero que en vista de la esposicion han acordado suspenderle, porque antes bajarán cien veces de las poltronas que dar un decreto que pudiera aparecer como un acto de debilidad y de cesion á exigencias ilegales. De modo que antes de pedírselo no quisieron dar el decreto, y despues de pedírselo tampoco han querido darlo; es decir, que *nequaquam*, hijos míos, ni de un modo ni de otro estaban dispuestos á la disolucion.

Esto me recuerda lo que nos sucedia á los hermanitos con nuestro padre á la mesa á la hora de comer. Mi padre era un señor á la antigua; que tardó mucho en cortarse el moño, y en dejar de echarse pulvos en el peluquin: gastó muchos chulecos blancos de cotonia atacados al costado, traía al cuello un pañuelito tambien blanco en

forma de torcida: gastaba por baston una caña que levantaba mas que él, y fumó tabaco de Brasil hasta que se prohibió de real orden. Alcanzó todavía la muerte de Fernando VII, y se hizo liberal al cabo de sus dias, porque se impregnó de que Isabel II tenia mas derecho á la corona que su tio, que era el aquiles de sus argumentos con que él procuraba liberalizar á los de su edad. Luego que nos sentabamos los niños á la mesa, lo primero que nos prevenia era que al que pidiese no se le daba nada. Yo que siempre desputé por lo obediente y docilito, como que me llamaban en el pueblo el niño-vieja, cumlia escrupulosamente la advertencia paternal. Pero los otros hermanitos solian muchas veces no poderse contener, y se insinuaban con estas ó semejantes palabras: «papá, yo queria vino, papá, á mí me gusta el vino.»—Por lo mismo que lo pedis, decia su merced, no se os da.—Papá, nosotros no lo pedimos, no decimos mas que nos gusta.—Es pedirlo indirectamente, y los niños de ningun modo deben pedir.—Papá, le dijo ya un dia uno de ellos, Gerandito no lo pide nunca, y tampoco se lo da vd. Entonces mi padre, que como señor antiguo y como médico era aficionado á hablar en latin (y aqui me ocurre que esto debe ser achaque de todos los médicos, porque me acuerdo de un catedrático de medicina que habia en Valladolid, que se empeñaba en hacer la explicacion á sus discípulos en latin, y en una ocasion explican-

do el modo de hacer un cocimiento, teniendo que nombrar la sartén, y no acordándose del nombre latino de este instrumento, dijo: *postea ponitur in... in instrumento quod facit chirri chirri*), les dijo pues á los hermanitos peticionarios: «*nequaquam*, hijos míos, *nequaquam*.» En ayunas se quedaron todos de lo que querria decir el papá con su *nequaquam*: pero yo, que entendía entonces el latin lo mismo que ahora el señor Aloix, lo interpreté á mi modo, y les dije á mis hermanitos: «lo que quiere decir el papá es que bebamos *agua*, *agua*.» A la verdad no me engañé mucho, porque al cabo su intencion era decir que *de ningún modo*, que se pidiera que no se pidiera, *nequaquam*, hijos míos, *de ningún modo* nos daba vino.

Idénticamente les sucede á los ministros: si no se les pide, no dan; si se les pide, tampoco dan, solo porque se pide; con que es decir que *nequaquam*, hijos míos, *nequaquam* estaban dispuestos á dar el vino de la disolución.

Y el caso es que al cabo han de tener que darle, y darle quedando mal con unos y con otros, y pasando la plaza de débiles, y á costa de que se diga que han tenido que sucumbir: y todo ¿por qué? Por no haber escuchado estos muchachos el consejo de Fr. Gerundio: «hacer las cosas en tiempo y sazón, y prevenir las exigencias.» Y cuidado que yo maldito interés tengo ca que vengan otras Cortes, sino porque veo que es de ley y de absolutísima necesidad: por

lo demas, sospecho que los mismos milagros han de hacer las futuras que las pretéritas. En cuanto á color, lo mismo me dá que sean cerúleas que anaranjadas: lo que queremos los pueblos y yo es que sean de color de paz, y que nos la procuren cuanto antes por cualquier medio, porque á la verdad estamos en una postura muy violenta.

Con respecto á la representacion de la Milicia, mi paternidad no dirá que sea legal; por el voto gerundiano acaso no se hubiera hecho. Pero lo que no puedo sufrir es que los periódicos ministeriales, ó sea los ministros en los periódicos, digan que está llena de insolencias, cuando no respira mas que comedimiento y respetuosidad. Llámesele ilegal, si tal les parece, pero no desvergonzada ni indecorosa. Esto puede irritar, ¡y sabe Dios que no conviene irritar á quien no lo merece, y á quien se puede temer! Este es otro consejito gerundiano asi de amigo.



## LA RESISTENCIA DE TIRABEQUE.

Vamos, Tirabeque: creo que es llegado el tiempo de que tu telégrafo piérrnil alegre al público, pendiente de tu patita, anunciándole con alguna cabriola profética los grandes y prósperos sucesos á que estamos abocados. Ya has visto los favorables auspicios con que ha dado principio la campaña de primavera; sabes la facilidad con que se conquistó la cueva de que te hablé el otro día, cogiendo al enemigo el tren de artillería con que trató de defenderla, que era un pedrero. Las últimas noticias son de que nuestras tropas ocupan ya la venta de la Perra, y de un momento á otro llegará la de haber tomado á Ramales. Suelta tu pues la perra, como dice el vulgo, y con un movimiento ó evolucion de baile tripúdica ó saltatoria....—Perdone vd., señor, que yo cuando bailo no hago movimientos con la tripa, y si salto lo hago sin faltar á la decencia que mis padres, aunque pobres, me enseñaron.—No es eso, hombre; válgame Dios: no pienses que tripúdico quiere decir cosa de tripa, sino de baile ó danza, que antiguamente se llamaba tri-



pudío. Anuncia pues con uno de esos movimientos los favorables próximos futuros sucesos que han de cambiar enteramente nuestra malhadada situacion.—Señor, si viera vd. qué pesadas siento las piernas.....—Vele ahí; la falta de ejercicio te has empeñado en estar tanto tiempo sin levantar la patita....! Pero ya es menester que vayas celebrando la afortunada administracion de nuestros paísonos los ministros.—Pero señor, ¿no dicen que tienen hecha ya la dimision?—Si, la han hecho, pero esa es gata ministerial. No creas tú que lo dejen hasta que reunan nuevas Córtes.—Pero señor, ¿no dicen tambien que han suspendido el decreto?—Si lo dicen, pero esa es otra gata ministerial. Eso lo dicen ellos para que cuando salga (pues concocen que no puede menos de salir) no se atribuya á debilidad. Tu no entiendes una jota de gatas ministeriales, hombre.

—Señor, yo no entenderé de gatas, pero entiendo de gatos; y así escusa vd. de porfiar por que levante la pata, pues tengo para mí que entre las gatas y los gatos nos están armando un enredijo que ni el diablo ha de acertar á desenredarle. Se me figura á mí que detrás de Ramales ha de haber escondido un gatazo muy grande. El otro día me temí que le encontraran ya metido en la cueva, y me parecía que le estaba viendo asomar la cabezorra y encandilar los ojos, y hacer retirar á todo el ejército. Pero ya que no estubo allí, milagro será que no esté detrás de Ramales,

ó por allí detras de alguno de aquellos cerros. — Caila, calla, aprensivo. ¿Allí se habia de haber ido el gato? — Es que ya no hay uno solo, señor, que ya hay cria nueva. El que anda por allá le llamo yo el gato montés, y este sospecho yo que se entiende con algun otro gato casero, que debe vivir por acá en alguna casa muy grande. — De modo que nadie te puede quitar que ferjes en tu imaginacion cuantos gatos te se antoje, domésticos ó monteses. Yo por mí no creo la existencia de unos ni de otros. Y así es empeño mio que vayas alzando la pata; vamos, yo te ayudaré. Qué, ¿te resistes? — Me resisto, si señor. — ¿Pues á cuándo aguardas á levantarla, hombre? — ¿A cuándo? A cuando caiga en la trampa el gato padre. Y entretanto, ni que los ministros hagan la gata; ni que las tropas lleguen á la Perra, ni que el hermano Baldomero tome á Ramalés, ni que dé de cuando en cuando otro ramalazo, Tirabeque no levanta la pata y está concluida la comision; y vd. haga de mi lo que quiera, que yo mientras el gato padre no caiga en la trampa, no la levanto.

